

EL PORVENIR DEL OBRERO

Dignidad y Solidaridad

Los trabajadores en la sociedad actual viven como seres inferiores. No se les concede prácticamente ningún derecho. El burgués más ruin toma como un insulto el que le digan que los trabajadores son sus iguales.

Para los capitalistas un trabajador no es un hombre; es una cosa, una rueda más en la maquinaria que les enriquece, menos que un caballo cuya adquisición cuesta dinero, mientras que obreros sobran por todas partes y se pueden tomar ó dejar conforme á lo capitalistas les convenga.

Y lo peor es que muchos trabajadores, acostumbrados á sufrirlo todo, aguantan impasibles, como la cosa más natural del mundo, ese estado de inferioridad. No se sublevarán contra el continuo desprecio que les anula, que les aplasta, impidiéndoles toda mejora, matando en germen todas las bellas esperanzas, porque mientras el trabajador no se tenga por hombre, con todos los derechos inherentes á la personalidad humana, mientras no obtenga el reconocimiento y el respeto de estos derechos, el trabajador no será atendido, no será escuchado, ni encontrará en sí mismo la fuerza necesaria para imponerse.

Esta cuestión, la de la dignidad de los trabajadores, es la primera y principal de todas las cuestiones sociales. Hay que conquistar la dignidad de hombres que la sociedad actual niega á todos los que viven del trabajo.

Las huelgas son útiles siempre como manifestación del espíritu revolucionario, como significación del descontento ante las miserias del actual régimen, como demostración del desco de mejoramiento. Pero no son las más importantes aquellas en que se discute un poco de aumento en los salarios ó alguna pequeña mejora en las generalmente insufribles condiciones del trabajo. Las más importantes son las que se realizan por defender la dignidad de toda la clase obrera atropellada en uno ó varios individuos.

Estas son, precisamente, las que más indignan á los burgueses. Avaros como son, se empeñan siempre en no ceder de sus ganancias sino lo más indispensable, menos de lo que basta para que los trabajadores vivan en pobreza eterna; pero no les duele tanto ganar un poco menos como tener que transigir en su orgullo de clase. No quieren que los trabajadores tengan derechos, no quieren que tengan dignidad, no quieren que sean hombres.

Los burgueses, para sostener sus privilegios, para continuar oprimiendo y explotando, cuentan con muchos medios: hacen las leyes, nombran las autoridades, disponen de la fuerza pública.

Los trabajadores, para libertarse de su esclavitud, tienen una sola arma: la solidaridad.

Pero ésta única arma de los trabajadores tiene más poder que todas las grandes fuerzas de que hacen alarde y abuso los explotadores.

Si los trabajadores quisiesen, mejor dicho, si comprendiesen, la injusticia no podría durar sobre la tierra, porque serían fuertes, porque en ellos está toda la fuerza, y bastaría un movimiento enérgico para que se derrumbase todo el odioso régimen social que les oprime.

Se atropella hoy de mil maneras á los trabajadores porque están desunidos, porque no acaban de comprender que los intereses de todos los explotados son los mismos siempre y en todas partes. Se atropella hoy á uno y mañana al otro, y así son atropellados todos, sin que sepan unirse para la común defensa. Esto es tan claro, tan sencillo, que parece imposible que no lo vean ya todos.

Solos, aislados, insolidarios, cada trabajador es una fuerza mínima de que se burlan los burgueses. Pero los trabajadores unidos, solidarizados, serían una fuerza inmensa que nada podría contrarrestar.

La práctica de cada día, aquí y en todas partes, nos proporciona ejemplos de cuán poco reparo ponen los burgueses en atropellar á un trabajador. ¿Sucedería lo mismo si supiesen que la ofensa dirigida contra uno habían de recogerla todos como si fuese propia, obrando á impulsos de verdadera solidaridad?

Piensen, piensen un poco los trabajadores.
M.

No hay dogma económico

Sanciona el código la propiedad en la forma en que actualmente está constituida; niégale su sanción la ciencia, señalando á su origen principios diametralmente opuestos á los que le atribuye el legislador.

Resulta, pues, un antagonismo entre el hecho y el derecho que entraña por una parte el ataque y por otra la resistencia, y que da origen por natural consecuencia á penosa crisis que ha de resolver en su día una evolución que formará época en los anales del progreso.

Este antagonismo trasciende naturalmente á la vida social, donde se halla representado por dos agrupaciones distintas y perfectamente deslindadas, que tienen preocupaciones, ideas é intereses diferentes y opuestos.

Una de dichas agrupaciones se halla en posesión de la tierra, del capital, de los grandes instrumentos de trabajo, de la ciencia y de la autoridad; es decir, posee, sabe y manda.

La otra vive al día, no tiene más medio de subsistencia que el trabajo asalariado, sólo recibe la instrucción primaria (y eso casi únicamente en los grandes centros de población), vegeta en medio de las mayores

privaciones; es decir, no posee, ignora y obedece.

En oposición con el hecho social que dejamos bosquejado se hallan estas consideraciones de perfecta justicia:

La tierra, el aire, la luz, productos naturales, anteriores al hombre y por consiguiente anteriores á la sociedad, no pueden vincularse en una persona, en una familia ó en una categoría de personas.

El capital, trabajo producido, en cuya producción pueden intervenir diversos factores, no puede considerarse como la propiedad exclusiva de una persona, de una familia ó de una clase.

La ciencia, producto de la observación, del estudio y de la metodización de todas las generaciones que nos han precedido, no puede considerarse como el patrimonio exclusivo de los poseedores del capital.

Los grandes instrumentos de trabajo, aplicación de la ciencia ó la producción, no deben ser propiedad exclusiva de un gran acaparador ni tampoco de una sociedad de capitalistas.

El desconocimiento de estas sencillas nociones ha producido las dos agrupaciones de que dejamos hecha mención, debiendo considerarse la primera como acaparadora y expoliadora, y la otra como despojada y desheredada.

Acaparadora y expoliadora, porque atesora riquezas que no produce y se reserva los medios de continuar indefinidamente el mismo acaparamiento, la misma expoliación.

Despojada y desheredada, porque constituyendo la tierra, el capital, la ciencia y los grandes instrumentos de trabajo un patrimonio universal, sólo participa de él una clase constituida en mayoría, especie de *heredero* social, privando de la justa participación á todos los trabajadores.

Tal es el hecho que se ha querido revestir de la autoridad de derecho y que los legistas y no pocos economistas presentan como dogma social.

Nosotros, que sólo aceptamos la verdad demostrada y que rechazamos todo dogma, mucho menos aceptaremos éste que en tan grande oposición se halla con la verdad y la justicia, y que además es causa de males innumerables, de infinitas víctimas, y promete, dado su arraigo, continuar sus desastrosas consecuencias hasta que la razón, abriéndose paso, sustituya el actual régimen social con otro en armonía con la ciencia.

Y si combatimos el dogma en todas sus manifestaciones, ora como código, ora como argucia de leguleyo, ora como sofisma de economista venal ó adulador, combatimos con no menos energías los paliativos con que se pretende hipócritamente atenuar el mal.

En efecto, dueños los acaparadores y explotadores de todas las posiciones, y seguros de que no serán desalojados de ellas, fingen querer remediar el mal que de una manera tan lamentable se presenta, y reconociendo que en el individuo existe una tendencia natural al mejoramiento propio, predicán el ahorro, prometiendo á los que lo practiquen constantemente la elevación sobre el nivel general; convencidos de que no basta tocar la cuerda del egoísmo para contener la masa de los desheredados, predicán también la caridad, y amaigamando así el egoísmo y el altruismo se produce un

compuesto que pudiéramos llamar la resignación, con lo cual se logra que todos en revuelta confusión seamos víctimas y cómplices del desbarajuste social.

Respetamos el ahorro cuando no degenera en avaricia y no lleva al individuo á cometer actos de insolidaridad; respetamos la caridad, no en su sentido místico, sino considerada como sentimiento que lleva al individuo hasta el heroísmo y la abnegación por sus semejantes, pero los detestamos y no los consideramos como virtudes, sino encubridores y causantes de grandes males, cuando sirven de reparos y paliativos á injusticias trascendentísimas.

En pugna con esa hipocresía, admiramos la cínica franqueza de aquel economista que se atrevió á decir que el que no encontrase cubierto para sí en el banquete de la vida no tenía derecho á quejarse sino á morir.

Queremos la verdad en las ideas y la justicia en los hechos, y ejercitando nuestro derecho y sirviéndonos de la razón, juzgaremos todas las doctrinas y condenaremos todos los abusos, sin que nos detengan en tan noble propósito los vanos respetos de que pretenden rodearse el error y el vicio, arraigados por el transcurso del tiempo y por las influencias de los poderosos, porque juzgamos que nuestra tarea no debe limitarse á afirmar nuestro derecho de pensar libremente, que éste todo individuo lo tiene, aún en los tiempos de dominación más absolutista, sino que nos proponemos quitar creyentes á todo dogma, para proporcionar prosélitos á la ciencia y con ellos allegar elementos á la obra de la transformación social.

ANSELMO LORENZO

La caridad

Yo soy el ángel de la caridad.

—¿Tú, ángel? Ve á esconderte donde no se descubra que quieres ocultar con apariencias de virtud los remordimientos de tu alma.

* * *

—Porque nació y nacieron los míos en humilde cuna, viví humillada, y el trabajo rudo fué mi solo auxiliar.

No llegan á esta miserable choza los rumores del bullicioso mundo.

En ella muero, sin que mis ayes de dolor perturben su marcha.

¿Qué será de mí? ¿Qué será, sobre todo, ¡ay! de ese pobre abuelo, un vencido del trabajo, que para nada sirve?

¿Qué será de esos pequeños que sólo con el sueño olvidan el hambre? ¿Qué de este niño, apenas llegado á la vida, que encuentra seco y amargo el seno de su madre, herido por la muerte?

Pero ¿quién entra?

—Mujer, cese tu dolor: vengo á remediar todos tus males. Ven conmigo á donde curarán tus heridas: el hospital está cerca.

—Y ¿no me moriré junto á los míos, sintiendo los besos de sus labios en mis manos heladas?

—No: allí, entre otros muchos dolientes, procurarán curarte. Si mueres, sólo oírás antes, en tu agonía, los ayes de los que aún sufren.

—Y ¿qué será de ese pobreabuelo?

—Lo llevaré á una casa de incurables.

—Y ¿lo apartarán también de los suyos? ¿No sentirá, como aquí, á su lado, el latido de corazones jóvenes? No retozarán á sus pies heraldos del porvenir que le recuerden á cada momento que la vida no se acaba, que la vida es eterna?

—No: achacosos ancianos renovarán en su alma la herida de su vejez. No tendrá por compañeros sino á los que acaban como él su camino. Cabezas, como la suya, calvas; bocas, como la suya, vacías; manos, como las suyas, trémulas, le dirán á todas horas que la juventud se fué y que el sepulcro está abierto para recibirle.

—¿Pero y mis hijos?

—Llevaré al Hospicio al niño, á la niña á un asilo religioso, á la Inclusa al más pequeño.

—Y en el Hospicio, y en el Asilo, y en la Inclusa, ¿les darán de comer! Pero ¿quién les amará? Se olvidarán los unos de los otros, se endurecerá su corazón. ¿Quién cuidará de su porvenir?

—Los niños serán soldados; la niña, monja ó sirvienta.

—¡Todos desperdigados! ¿Y el lazo aquel indisoluble que había de perpetuarse en los hijos, y aquella base firme de toda sociedad, y aquella familia sagrada en los códigos de los hombres, sagrada en los libros de los antos? Quién, quién eres tú, que por todo consuelo ofreces al desgraciado las amarguras del hospital y las humillaciones del asilo?

—Soy el ángel de la caridad.

—¿Tú, ángel? Vá á esconderte donde no se descubra que quieres ocultar con apariencias de virtud los remordimientos de tu alma,

F. PI Y ARSUAGA

¡Pobres prostitutas!

Muchos de vosotros, jóvenes obreros, frecuentáis las casas de prostitución.

¿Qué vais á hacer allí?

La contestación es muy triste.

Bastantes vais á emborracharos, á perder vuestra dignidad en juergas indecentes. Esto no hay para qué comentarlo. Todos pueden ver la bajeza y la grosería de semejante conducta.

Pero aun los que no llegáis á tales extremos, ¿qué vais á hacer allí?

Vais á gozar y divertir os con la desgracia de unas pobres mujeres, iguales á vosotros, víctimas como vosotros de la explotación burguesa.

Ellas pueden ser más infelices que vosotros, pueden haber caído más bajo, según vuestro punto de vista; la explotación de que son víctimas puede ser más ostensiblemente escandalosa; pero ¿son peores que vosotros? No; son iguales, exactamente iguales.

Su mala suerte, la maldad social, las ha llevado á la prostitución, como á vosotros os lleva al trabajo excesivo y aplastante, como os lleva á la humillación ante el patrono.

Las mujeres de la burguesía pueden ser prostitutas por puro vicio, entregarse al desfreno de sus pasiones; pero lo hacen comodamente en sus casas, con refinamientos de lujo, sin correr ningún peligro. No son éstas las que llenan los prostíbulos, sino las pobres, las hijas y las hermanas de los obreros, las que han tenido que vender su cuerpo para poder comer, las que han tenido que entregarse al capataz para que no las expulsara de la fábrica, las que han sucumbido á las seducciones del señorito á cuya casa las habían llevado á servir sus propios padres porque no podían mantenerlas. Después las echan de todas partes, de su casa primero; no encuentran trabajo ni medio alguno de ganarse la vida, hasta que, abandonadas de todos, acosadas por todos, van á parar á una casa de prostitución.

Y luego vais vosotros, jóvenes obreros, á divertir os con su desgracia; vais á mofaros de ellas, á golpearlas, á envilecerlas más.

El burgués las arrojó al muladar; la religión y las preocupaciones les pusieron el estigma de la deshonra, las autoridades las atropellan y las sacan dinero; y vosotros,

obreros explotados como ellas, víctimas como ellas del burgués, de la religión y de las preocupaciones, en lugar de compadecerlas, en lugar de procurar redimirlas, todavía vais á hacer mayor su desgracia.

¿Es que os creéis mejores que ellas? ¿En qué os podéis considerar superiores? Sabéis á donde os arrastrará la suerte á vosotros y á las personas que más podéis amar?

Las desgraciadas mujeres que vosotros despreciáis son hijas de obreros, hermanas de obreros, son vuestras compañeras de desgracia en esta maldita organización social. ¿Por qué habeis de contribuir á que sean todavía mayores sus sufrimientos?

¡Pobres prostitutas! ¡pobres víctimas de la sociedad burguesa! Tan dignas de compasión, tan necesitadas de emancipación son ellas como los trabajadores todos.

Tengamos corazón para compadecerlas; tengamos voluntad para defenderlas; pensemos que la solidaridad que predicamos será una falsa virtud, como la caridad de los cristianos, si excluyésemos precisamente á quienes más la necesitan.

La emancipación con que soñamos ha de ser para todos.

¡Pobres prostitutas, nuestras compañeras, nuestras hermanas! Pensemos en ellas con tristeza y procuremos redimirlas con energía.

Los niños y las madres

Hace algún tiempo, leí las siguientes palabras de Andrés Girard, que considero un tratado de higiene moral:

«Dejad al niño libre, libre de pensar, libre de hablar, de obrar. Si por el hecho de su libertad algún peligro le amenaza, apartadlo de él, ó bien señaládselo dulcemente, amistosamente, como un hermano mayor más experimentado; si no atiende á la razón, distraedlo, ofrecedle un placer más atrayente; nada es tan móvil como el espíritu del niño. Pero que jamás sienta su voluntad subyugada por la vuestra; que os encuentre su igual y no su amo; que toda vuestra superioridad sólo la vea en un saber más grande, en una más grande experiencia de la vida, que hagan de vos á sus ojos un protector y un amigo.»

¡Cuán erróneamente se educa hoy á los niños! En muchos hogares, tanto pobres como ricos, no se tienen para el niño ni aun los cuidados con que trata un jardinero á un rosal. El niño es con frecuencia un juguete que sirve para hacer reír á sus padres, haciéndole repetir frases muchas veces impropias, y hasta obligándole por medio de amenazas á que haga gestos ó pronuncie lo que les ha caído en gracia.

Las madres, que son las primeras maestras de la infancia, desconocen por completo los deberes de su elevado magisterio, y este desconocimiento es causa de que nazcan en los niños el orgullo y la envidia. En la casa donde hay más de un hijo, los padres suelen mostrar predilección por alguno, de donde sobreviene la envidia en los otros.

Jamás he oído que al asear ó engalanar á sus hijos les diga la madre: «si vas aseado estarás más sano y causarás más alegría en tus padres, maestros y amiguitos.» No usan ese lenguaje las madres, sino al contrario; si es una niña le dicen que será más hermosa, que es la más bonita de la calle y que se casará con un marqués, con lo que se desarrolla la coquetería, la vanidad y el orgullo. ¿Cómo hemos de extrañarnos luego del estado deplorable en que se halla la mujer, intelectual y moralmente hablando?

«Que os encuentre su igual y no su amo». ¡Cuán contrario es á esto el trato educativo que se da hoy á la infancia! La madre, las más de las veces, ó déspota ó falta de ca-

rácter, hace del niño un hipócrita ó un desvergonzado. Cuando el hijo no atiende á la razón, ninguna madre sabe «distraer al niño ofreciéndole un placer más atrayente» sino por el contrario, ó bien se ríe y acaba por darle céntimos para que compre golosinas, ó le pega duramente, ó le amenaza con decirselo al padre, haciendo que el niño, á fuerza de oír la cantinela «se lo diré á tu padre» acabe por sentir terror y por comprender que el padre es el más fuerte, por creer que es más malo; con lo cual el niño abusa cuando está con la madre que es débil y cuando viene el padre se hace el santito, ó sea el hipócrita, y de este modo se va formando el hombre, cargado de prejuicios que más tarde le han de hacer á la vez déspota y esclavo.

Pero no es de la mujer la responsabilidad, sino que ella es la primera víctima de esos malos sistemas educativos. Niña aun, si es obrera comienza á ser carne de explotación burguesa; si es rica la llevan á un convento para que las monjas la *eduquen* y la *instruyan*. Al tomar estado, la iglesia le exige tan sólo que sepa de memoria algunos embustes del catecismo; la ley civil le manda estar bajo el dominio del hombre, y los padres, especialmente las madres, sólo saben aconsejarle tonterías, que la hacen más esclava y más hipócrita.

Sobre esa pirámide del artificio y la ignorancia se sostiene la familia.

¡Cuánto falta que aprender!

TERESA CLARAMUNT

Crónica barcelonesa

Como anunciaba en mi anterior correspondencia, se celebraron en Barcelona dos mítins seguidos de propaganda anarquista.

En ambos, la numerosísima concurrencia hizo repetidas demostraciones de aprobación con referencia al ideal anarquista que no fué refutado por nadie, apesar de dejar la tribuna libre para todos los *sociólogos* que en la prensa burguesa y sobre las tarimas de los centros burgueses sueltan las más *sabias* barbaridades y las más *elementales* contradicciones para probar sus profundos conocimientos en todo lo concerniente á su *sociología*.

Para formarse una idea de la importancia de dichos mítins basta saber que muchos individuos pertenecientes á las clases privilegiadas que fueron á presenciarlos salieron impresionadísimos en favor de las ideas anarquistas, y que hasta los representantes de la autoridad allí presentes, olvidándose del repugnante papel que representan, estaban boquiabiertos, como sugestionados por la lógica de los razonamientos y por la belleza de las imágenes que de la anarquía hicieron los compañeros excursionistas, que probaron que la violencia es obra de la actual organización social, cuyos sostenedores, desechando la razón y la equidad se oponen violentamente á la paz social personificada en la anarquía.

El segundo mitin fué algo accidentado:

Al preguntarse por tercera vez—después de haber desmenuzado todas las formas de gobierno—si había alguien en la concurrencia que no estuviera conforme con lo expuesto, pidió la palabra un joven obrero *lerrouxista* que, después de reconocer la justicia, la razón y la verdad que encierra el ideal anarquista, manifestó en palabras sueltas y sin poder argumentar nada, la necesidad de pasar por el célebre *punte* republicano.

Contestóle el compañero Saavedra evidenciándole no ser tal *punte* la república, puesto que los puntales de la actual sociedad no solamente quedan en pié, sino que aun són más asegurados y robustecidos por la república. Estos puntales son: el *Estado*, con la autoridad y los ejércitos de mar y tierra; el *Capital*, con el dinero, la propiedad individual, y la explotación del hombre por el hombre; y la *religión*, con el presupuesto del clero que sostienen la casi totalidad de

repúblicas existentes, y en caso contrario, con la libertad de cultos que es la libertad que se da á todos los parásitos sacerdotes de todas las religiones para que se establezcan y medren á costa del pueblo.

A esto replicó el obrero republicano que no lo dicen así sus jefes; y que si proclamada la república no se cumple lo por ellos ofrecido, él, *es capaz de cortar el cuello á Lerroux, á Salmerón y á cuantos le hayan engañado*.

Seguidamente el compañero Ojeda se ocupó del discurso pronunciado por Melquiades Alvarez en Sevilla y retó á todos los políticos á pública controversia, especialmente á los republicanos por ser según ellos los más adelantados, para probar:

«Que la forma de gobierno republicana es igualmente tiránica que la monárquica.

»Que el estado republicano amparará los privilegios de los ricos y fusilará á los proletarios cuando se rebelen contra la explotación capitalista.

»Que solo en la anarquía puede regenerarse y redimirse la humanidad.»

No se presentaron ni han aceptado el reto, los *oradores* que en las *Fraternidades Republicanas* dicen á los obreros que la república decretará su emancipación llamando jesuitas á los anarquistas.

Su conducta los pone en evidencia ¡fantasmas!

En resumen, los dos mítins han producido inmensa labor anarquista y 219 pesetas para los presos y para la propaganda.

**

La huelga de peluqueros-barberos que tan bien había empezado, está á punto de *morirse* por disidencias surgidas entre ellos.

A los ocho días de huelga, la parte afeminada de esos obreros, por desgracia muy numerosa, hblaba ya de transigir.

La poca abnegación de la mayoría y la enemiga de las autoridades han echado por tierra lo que iba á ser la dignificación moral y material del oficio y del individuo.

El apoyo de los demás trabajadores no les ha faltado. Por haber abandonado la huelga será cosa de suprimir la propina á los *esquenas* del oficio.

¡A ver si así se deciden á pedir con más convicción mejoras á sus burgueses-

J. MONTEGUALDO

Huelga de zapateros

En la fábrica de calzado de D. Damian Bagur fué admitido un operario que había trabajado en la de D. Lorenzo Seguí.

Pero como entre ambos fabricantes existen acuerdos y desacuerdos que á los trabajadores no nos importan, mientras no nos metan en ellos, el señor Seguí reclamó al señor Bagur; por lo cual el señor Bagur, sin tener en cuenta la opinión del operario, le despidió para dar gusto al señor Seguí.

Como es natural, ni el operario quiso sujetarse á tales enredos de los fabricantes, ni sus compañeros creyeron que se podía tolerar que se traficase con un trabajador, sin contar con él, como se hace con el ganado.

Verdaderamente, era un atentado contra la libertad de un hombre y una ofensa á la dignidad de toda la clase obrera.

Reuniéronse los compañeros de trabajo y acordaron pedir al patrono que volviese á admitir al operario, á lo que el patrono se negó. Entonces acordaron pedir también algunas mejoras en las condiciones del trabajo.

En vista de la intransigencia del fabricante, la huelga quedó declarada el jueves. El viernes se hizo fiesta.

En la mañana del sábado no fueron los

operarios al trabajo. Algunos se situaron en las cercanías de la fábrica para notificar el acuerdo á los trabajadores que no se hubiesen enterado y para convencer á los *esquirols* que pudiesen presentarse. Los agentes de la autoridad disolvían los grupos, que no oponían resistencia; pero como los policías estaban allí para hacer algo, se entretuvieron deteniendo á dos obreros que fueron puestos en libertad á las pocas horas.

Un detalle que tiene mucha gracia: el ya bastante conocido polizonte D. Hilario Mateo, que tanto suda y se afana por ganarse la vida *dando vueltas á la manzana*, increpó á un trabajador llamándole *HOLGAZÁN*. ¡El activo polizonte señor Mateo llamando *holgazán* á un trabajador! Esta palabra podría hacerle célebre, si no lo fuese ya por otras cosas.

Por la noche se dió un gran mitin en el Circo Colón. Se expusieron las razones y el estado de la huelga. Se explicó lo que son coacciones, con gran disgusto del señor Inspector de policía que ponía muy mala cara, sin duda porque él cree que la autoridad no comete coacción nunca, haga lo que haga, tanto en los alrededores como en el interior de las fábricas en huelga. Sentimos el mal rato que pasó el señor Inspector.

El domingo hubo calma.

Pero el lunes los agentes de la autoridad amanecieron excesivamente nerviosos. No sólo no permitían grupos, sino que impedían el tránsito y no permitían siquiera que los vecinos se asomasen á las puertas. Algunos de éstos que no tenían nada que ver con la huelga, fueron detenidos, como si se tratara de terribles revolucionarios.

Ese exceso de energía produjo efectos contraproducentes. A fuerza de detener gente, las detenciones perdían importancia. Faltó poco para que se presentasen voluntarios para ir á la cárcel.

Mientras duraba ese estado febril, se les ocurrió á algunos *esquirols* presentarse á buscar trabajo. Los mas tranquilos procuraron convencerles explicándoles el mal que se hacían á sí mismos y á toda la clase obrera; pero como los agentes de la autoridad interrumpían violentamente estas conversaciones, algunos, menos prudentes, arrebataron los pañuelos en que los *esquirols* llevaban los cortes del calzado y los desparramaron por el suelo.

De esto se originaron detenciones á granel, pues los polizontes no tenían tiempo ni estaban en humor de distinguir. Gracias que no se llevaron preso á ningún *esquirol*. Hubiera sido miel sobre hojuelas.

A todo esto llegó la noticia de que el patrono transigía en admitir de nuevo al obrero despedido; concediendo también al gunas de las mejoras pedidas. Los huelguitas se reunieron en la *Federación de Obreros* y acordaron darse por satisfechos.

La huelga estaba terminada; pero de todos modos se celebró el mitin que estaba anunciado por la noche en el Circo Colón. No vino como Delegado de la autoridad el señor Inspector de policía, que tan simpático se ha hecho á los trabajadores mahoneses, sino el oficial de secretaría D. Pedro Orfila, que al menos conoce el lenguaje del país. Este mitin ha sido la manifestación más numerosa de cuantas hemos presenciado en

esta población. Dióse cuenta de los últimos incidentes y de la terminación de la huelga y se hizo provechosa propaganda societaria y sociológica.

A mitad del mitin se presentaron los obreros presos, que habían sido puestos en libertad por las autoridades judicial y gubernativa. Fueron recibidos con grandes aplausos.

Pero no todo ha concluido. Se siguen procedimientos judiciales contra algunos compañeros acusados de haber ejercido coacciones. Creemos que si prevalece la verdad no habrá peligro para ninguno.

Sin embargo, conociendo el estado de excitación en que se hallaban el lunes algunos agentes de la autoridad, deseáramos que hubiesen tenido mayor sangre fría en el momento de prestar sus declaraciones.

Nuestra Casa del Pueblo

Es muy fácil para la autoridad llevar obreros a la cárcel.

Sea justo, ó no sea justo, los que ejercen autoridad no cargan con ninguna responsabilidad efectiva.

Quedan tranquilos y satisfechos, como quien *no ha quitado ni puesto rey, pero ha servido á su señor.*

El señor de las autoridades es el capital.

Por ésto, cuando conviene al capital que vayan trabajadores á la cárcel, allá los llevan las autoridades, muy tranquilamente, como si fuese la cosa más natural del mundo, como si les llevasen á sus casas.

Las autoridades obran como si la cárcel fuese una casa para trabajadores.

Y así es efectivamente.

Las cárceles han sido construídas para los trabajadores, para los que sufren todas las cargas sociales, para los oprimidos.

Antes se creía que las cárceles eran para los criminales, é inspiraban repugnancia, y el ir á la cárcel se consideraba como una deshonra.

Pero desde que se ha visto que la cárcel no es para los criminales, porque éstos están muy altos, sino para los trabajadores, éstos, naturalmente, se han curado de su preocupación.

El ir á la cárcel ya no es una deshonra, sino todo lo contrario.

El que es criminal en grande no va á la cárcel nunca; á la cárcel van los trabajadores conscientes que defienden su derecho y el de sus compañeros de trabajo.

Así es que el temor de ir á la cárcel se ha perdido, por causa del abuso de llevar allí á los trabajadores en vez de llevar á los criminales.

De seguir así, y así seguirá mientras el dinero sea poderoso y las autoridades sean lo que son, la cárcel acabará por ser la verdadera *Casa del Pueblo.*

Ya son muchos los trabajadores que se han hospedado en ese *Hotel Popular.*

E irán muchos más, mientras dure el actual régimen capitalista y autoritario.

Hasta que nos decidamos á barrer todas esas porquerías.

Ecos y comentarios

Atropellos, siempre atropellos.

Desde Ripoll nos escribe el compañero José Pascual, contándonos como un guardia municipal llamado Manjago le llevó con engaños á las afueras de la población, donde hallaron al cabo y al corneta de la guardia civil.

Entre los tres «autoridades» insultaron al compañero y le amenazaron, acabando por encargarle que no dijese nada de cuanto allí

había sucedido. El compañero Pascual, naturalmente, no quiere cumplir semejantes mandatos; al contrario, nos pide que publiquemos la noticia del atropello, y que recordemos á esos «autoridades» que cualquier día les darán el pasaporte y que tendrán que ganarse la vida trabajosamente, despreciados de todos por haber ejercido de esbirros contra los trabajadores.

Es una vergüenza que por servir al capital, por una miseria que les dá á esos esbirros, se presten á tantas bajezas.

Que se la corten.

Todos los días nos viene el telegrafo con noticias escandalosas acerca de las hazañas de los ministros del Señor.

Si en todo tiempo son temibles los curas por los estragos que causan con eso del *celibato*, cuando entra el verano aumentan de tal manera estos estragos que es cosa de echar á correr á la vista de una sotana,

En una semana tres sucesos de estos han dado ocasión á la gente para hacer comentarios acerca de *las gracias* del Espíritu Santo.

Un presbítero es demandado ante los tribunales por la madre del hijo de sus ilícitos amores, otro se fuga en Sevilla con una señorita de la aristocracia á la que sedujo durante la *Adoración Nocturna* (ojo con la tal *Adoración*) y otro ha sido muerto á navajazos por su querida sobre lo cama de un burdel

Y gracias á que no ha salido ningún padre Flaminio ó Román de esos que la toman con la infancia.

Nosotros suplicamos á quien pueda hacerlo que tome una determinación para sacar el calor del cuerpo á estos señores á fin de que podamos vivir tranquilos.

Y la determinación, á nuestro modo de ver, sólo puede ser de dos maneras:

O suprimir eso del celibato, ó hacer lo que decimos al comienzo de este suelto.

No hay vuelta de hoja.

Hemos recibido una comunicación del «Centro de Estudios Sociales» de Barcelona, rogándonos llamemos la atención de los compañeros acerca de los presos por cuestiones sociales de la región española, cuyo número aumenta cada día más.

Es de suma necesidad procuremos que los que sufren la persecución de la Autoridad no se vean, ellos y sus familias, desatendidos, procurando con todas nuestras fuerzas prestarles la solidaridad que se merecen por ser los primeros que en defensa de la libertad sacrifican la suya propia.

Hacemos nuestra la justísima petición de nuestros amigos de Barcelona.

Hemos sabido que en el Casino de Unión Republicana se reunieron el miércoles algunos oficiales carpinteros para reclamar de sus patronos algunas mejoras.

Acordaron pedir que la jornada se *redujera* á diez horas dentro el taller (no sabemos cuantas trabajaban hasta hora) y nueve cuando trabajen en alguna obra, para no hacer un mal papel ante los albañiles.

También piden un veinte por ciento de aumento en los jornales, que vienen siendo de: dos pesetas cincuenta céntimos los que

ganan más; muchos cobran una peseta y media todos los días, exceptuando las fiestas y los días en que no hay trabajo, y otros aun cobran menos.

También acordaron hacer la reclamación amigablemente, para que no se ofendan los apreciables patronos.

Asistió el señor Inspector de policía, que estuvo muy amable y además dió buenos consejos á los trabajadores.

Nos alegraremos de que acabe bien para los oficiales carpinteros.

Mañana, sábado, á las nueve y media de la noche, celebrará Junta general ordinaria la «Federación de Obreros de la Isla de Menorca».

Se ruega á los grupos de España Occidental manden sus direcciones, para ponerse de acuerdo en un asunto de verdadera importancia, á la dirección siguiente: grupo «Solidaridad Internacional, redacción de *A Obra*, Travesa de Agua de Flor, número 52, 1.º, Lisboa, y desde el 1.º de Julio en adelante la dirección es: rue de Garias, 42, 3.º.

Papel impreso

Editado por la Escuela Moderna de Barcelona se ha publicado un compendio de *Historia de España*, original del conocido publicista D. Nicolás Estévez.

Numerosas notas editoriales dan á la obra valor crítico y el estudio de Volney sobre *La Historia*, que va como apéndice contribuye á fijar el verdadero criterio racional y humano.

Se vende al precio de 2 pesetas en la «Escuela Moderna» Bailén 56, pral. Barcelona.

A ruego de varios compañeros abrimos la siguiente

Suscripción permanente á beneficio de la «Escuela Germinal» de la «Federación Obrera».

	Pesetas.
Suma anterior.	11'10
Ceferino Cirerol	1'00
Su hijo	1'00
Fortuny	0'10
Suma.	13'20

Correspondencia

La Línea.—J. D. P. Hecho el cambio. Como recibimos al mismo tiempo pedido de A. R. de Gibraltar, mandamos sólo á J. M. 15 números. Conviene se pongan ambos de acuerdo.

Gibraltar.—A. R. Recibidas 5 pesetas. Entérate de lo que decimos al anterior.

Bilbao.—R. M. Mandamos paquete.

Barcelona.—Richard. Enterado y conformes. Saludos de M.

Barcelona.—«Juventud Libertaria». Hemos reducción. Números sobrantes dedicados propaganda. Remitimos los números á tiempo. Los folletos se han estorbado algo. Pronto saldrá «La Ganancia». Hemos recibido paquete «Canciones».

El Porvenir del Obrero

Suscripción: Trimestre 1 pta.
Paquete de 25 ejempls. 75 cént.
Número suelto 5 »

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Castillo, 59.—Mahón (Baleares).

Imprenta de EL PORVENIR DEL OBRERO